

Segregación racial y exclusión social. Las tribus indias de Norteamérica y la política indígena de Estados Unidos en el siglo XIX

Irving Reynoso Jaime

Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Estudios Regionales
Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Nosotros éramos como ciervos. Ellos como osos. Teníamos un país pequeño. El de ellos era grande. Nos contentábamos con dejar las cosas como el Gran Espíritu Jefe las creó. Ellos no, y cambiarían las montañas y los ríos si no les convinieran.

Jefe Joseph¹

El propósito de este trabajo es analizar las políticas oficiales del gobierno estadounidense con respecto a las tribus indias de Norteamérica —considerando los antecedentes coloniales. Es un tópico muy utilizado el decir que la relación entre los indios y los hombres blancos fue una historia de pactos y tratados siempre incumplidos, una historia de despojo, injurias y exterminio. Sin negar la completa veracidad de estas afirmaciones, es necesario explicar las peculiaridades y características específicas de esta relación y no caer en la comodidad de reducir el conflicto y, por tanto la explicación histórica, a un simple relato de oprimidos contra opresores.

Lo que nos interesa explicar aquí son los factores que impidieron la integración de los indios norteamericanos tanto al proyecto de nación emergente durante el siglo XIX co-

¹ Cf. “Chief Joseph Speaks. Selected Statements and Speeches by the Nez Percé Chief”, en FEE, Chester Anders, *Chief Joseph. The Biography of a Great Indian*, with a foreword by Colonel Charles Erskine Scott Wood; maps and illustrations, Wilson-Erickson Inc., New York, 1936. Traducción propia. En www.pbs.org/weta/thewest.

mo a la sociedad estadounidense misma. Es sintomático que a mediados del siglo XX los resultados obtenidos por un grupo de investigadores sobre temas indígenas encontraron que el proceso de aculturación de los 650 mil indios que habitaban en los Estados Unidos había sido muy débil, que la mayoría continuaba practicando sus formas de vida tradicional, compartiendo su identidad como grupos culturales distintos. Las prácticas tradicionales de la cultura india permanecían sin modificaciones sustanciales incluso en aquellos indios que hablaban el inglés y se comportaban como cualquier ciudadano estadounidense. Lo que no había cambiado gran cosa e incluso se agravaba aún más, eran las indolentes condiciones de vida de los indios. Pese a todo, las tribus habían logrado sobrevivir, mantener una base territorial importante y conservar sus expresiones culturales. Uno de los participantes de dicha investigación expone así sus conclusiones:

La mayoría de los grupos indios de los Estados Unidos, después de [cientos de] años de contacto euroamericano y a pesar de las fuertes presiones externas [...] no se han asimilado aún en el sentido de perder la identidad de la comunidad y de aceptar los hábitos norteamericanos de pensamiento y de conducta.²

Lo interesante de estas conclusiones es que el hecho mismo de la sobrevivencia indígena tenía una implicación política muy importante. No sólo ponía fuertemente en entredicho, sino que evidenciaba el fracaso de uno de los supuestos básicos más importantes en lo que se refiere a la política indígena desde la época colonial: la inevitable desa-

² La investigación fue auspiciada por la Universidad de Chicago, cf. D'ARCY McNICKLE, [William], *Las tribus indias de los Estados Unidos. Supervivencia étnica y cultural*, Editorial Universitaria de Buenos Aires EUDEBA, Biblioteca de América, Libros del Tiempo Nuevo, Buenos Aires, 1965, pp. 5-14, la cita en p. 9.

parición de la cultura y forma de vida indígena a través de su progresiva asimilación e incorporación a la corriente normal del modo de vida norteamericano.

En efecto, uno de los objetivos de este análisis es mostrar precisamente que, en las diversas políticas oficiales con respecto a los indios, se encuentra muy presente este supuesto de la desaparición por asimilación cultural —ya sea en la estrategia de confinar a los indios en reservas, o en la política de adjudicarles tierras individuales para volverlos granjeros independientes, donde este supuesto es aún más evidente. No obstante, afirmar lo anterior es apenas describir a grandes rasgos el espíritu de la política oficial del gobierno estadounidense. En la práctica específica de estas políticas encontramos varios ejemplos que contradicen precisamente que su propósito fuera la asimilación del indígena a la sociedad norteamericana, o al menos que si ese era el propósito los resultados obtenidos terminaban siendo completamente contrarios. Muchos indígenas e incluso pueblos enteros —como los cherokees— mostraron una gran capacidad de adaptación y convivencia con las instituciones y formas de vida norteamericanas, hubo quienes se distinguieron por su vida pacífica, asimilación de la propiedad privada y de la religión cristiana, mostraban gestos de cooperación y alianza con el gobierno. Sin embargo, en no pocas ocasiones, muchos de estos indios corrieron la misma suerte que el resto: terminaron confinados en las reservas, o sufrieron la pérdida de gran parte de sus tierras por medio de la adjudicación individual, o fueron asesinados por el ejército en alguna incursión para escarmentar a las tribus problemáticas, o podía ser, como desgraciadamente fue el caso de la mayoría, que sufrieran sucesivamente cada uno de los ejemplos mencionados.

Darle una explicación a esta situación es otro de los propósitos que nos ocupa. A nuestro entender, tal escenario no se puede explicar como un simple caso de “no cum-

plimiento de la norma”, pues entonces el fenómeno se reduciría a la simple incapacidad del gobierno estadounidense de hacer cumplir sus políticas por encima de los intereses y ambiciones particulares de los hombres de la frontera – comerciantes, empresarios, accionistas del ferrocarril. En cambio, nuestra propuesta es que habría que explicar esta contradicción entre las políticas indias y sus resultados poniendo énfasis en el hecho de que las tribus indias fueron excluidas de la sociedad norteamericana a través de dos mecanismos: el exterminio indígena y la preferencia del no indio. Estaba claro que aquellos indios que no aceptaran incorporarse al modo civilizado de vida podían ser justificadamente despojados de sus pertenencias e incluso exterminados. En cambio, las represalias contra las tribus que habían consentido en adaptar sus formas de vida a las exigencias del gobierno pueden explicarse por la preferencia que siempre tuvieron los intereses de “los blancos” en los proyectos de modernización y progreso de la nación norteamericana. Es decir, si había que elegir entre proteger las tierras de los indios “civilizados” o abrir nuevas rutas a la colonización, permitir la construcción de ferrocarriles, otorgar más tierras a los empresarios agrícolas y manufactureros, explotar las minas y los bosques, los lagos y los ríos, no resultaba muy complicado tomar una decisión. Si los indios lograban incorporarse a la forma de vida moderna y civilizada eran bien recibidos, pero, por otra parte, el destino de la joven nación norteamericana era claramente la consecución del progreso y la felicidad del hombre blanco. La nueva nación predestinada a regir los destinos del mundo estaba compuesta por anglosajones, y no podía esperarse igualdad entre indios y blancos a pesar del otorgamiento de derechos ciudadanos a aquéllos. La “cuestión indígena” fue un asunto con el que el gobierno definitivamente hubiera preferido no lidiar. Una sociedad pluriétnica y multicultural nunca estuvo en los planes originales de la nación

norteamericana, y sin embargo, es una realidad que está presente desde los primeros asentamientos.

Por último habría que explicar esta imposibilidad de pensarse a sí mismos como una nación heterogénea. Consideramos que fue decisiva la herencia del calvinismo y su vertiente puritana que llegó al Nuevo Mundo con los emigrantes europeos de la época de la Reforma. Este imaginario religioso estuvo en el centro de la articulación de algunos aspectos fundamentales del ideario político, social y económico norteamericano: el “racismo teológico” que etiquetaba al indígena como un ser demoníaco incapaz de asimilar la vida civilizada, el expansionismo territorial y económico, la predestinación gloriosa de Estados Unidos por encima de las demás naciones, el Destino Manifiesto y la Doctrina Monroe.

De ahí que nuestro análisis comience precisamente explicando el proceso de elaboración de una justificación teológica para el exterminio indígena, una visión religiosa del indio cuyos efectos se perciben en la política indígena del siglo XIX. Posteriormente mencionamos la situación de las tribus indias durante la época colonial y el papel que desempeñaron en la guerra de independencia norteamericana, para finalmente explorar la relación de los indios con la nueva nación independiente de Estados Unidos, centrándonos básicamente en dos momentos: la política de Andrew Jackson y la creación de las reservas indias en los años treinta y la Ley de Adjudicación de 1887 (Ley Dawes). Aunque la Ley Dawes fue elaborada precisamente para corregir los errores de la política de las reservas, su aplicación resultó tan dañina para los intereses indígenas como la política anterior.

El hecho es que en términos generales las tribus indias de Norteamérica no lograron incorporarse al proyecto de nación moderna y progresista de sus dominadores. Después de presentar nuestros argumentos para explicar los mecanismos concretos en que se dio esta exclusión, qué ideas fundamen-

tales guiaron las políticas, cuál era el conflicto de intereses, etc., presentamos algunas conclusiones muy puntuales como resultado de este trabajo.

Condena y exclusión indígena: la justificación teológica y económica

Lévi-Strauss afirmó en cierta ocasión que el descubrimiento de América y el contacto entre europeos y los nativos del Nuevo Mundo marcaron simbólicamente el inicio de la antropología moderna, pues fue en esa coyuntura histórica cuando el hombre se cuestionó sobre sí mismo en un sentido amplio. Así, al experimentar la presencia del “otro”, mientras los europeos se preguntaban: ¿serán hombres?, los indios americanos se interrogaban: ¿serán dioses? Esta idea pone de relieve la originalidad de la experiencia europea en tierras americanas, antes que conquista o colonización, ya fuera en el caso español como en el inglés —para hablar de las metrópolis con mayor presencia—, se trató en primer lugar de un profundo cuestionamiento sobre los grupos humanos con que se estaba tratando.

En Nueva España, la “cuestión indígena” se resolvió de forma temprana. Después de los debates de Salamanca se aceptó que los indios eran seres humanos con un alma eterna e inmutable, y por tanto, aptos y capaces de ser cristianizados. La corona española estableció una política proteccionista que marcó las relaciones entre la monarquía y los indígenas durante todo el período colonial —Leyes de Indias de 1542—, otorgándoles un amplio margen de autonomía política y económica, aunque sin dejar de ser una relación completamente subordinada y no exenta de un sinnúmero de conflictos.³ No obstante, el temprano desarrollo de una tra-

³ Algunas referencias que describen y analizan la situación de los pueblos de indios en Nueva España en TANCK DE ESTRADA, Dorothy, *Pueblos de*

dición autonomista basada en la comunidad sirvió de base para la emergencia de importantes movimientos contrahegemónicos indígenas y rurales durante todo el siglo XIX en México, de los cuales el movimiento zapatista de principios del siglo XX fue su expresión más acabada.⁴

En contraste, la empresa de colonización de la corona británica no pudo generar un proyecto exitoso de coexistencia con las tribus indias. A pesar del fondo cristiano en común de las empresas coloniales inglesa y española, como ha señalado Ortega y Medina, los resultados obtenidos fueron muy diferentes; el fracaso misionero inglés se debió a una elaboración teológica que etiquetó al indio como un ser diabólico.⁵

En efecto, esta condena teológica del indio fue el resultado del fracaso de la evangelización de las tribus indias y su asimilación al modo de vida “civilizado” del hombre blanco.

Las primeras visiones de los colonos sobre América fueron las de una tierra idílica y paradisíaca, un nuevo mundo de abundancia. Por tanto, sus habitantes fueron equiparados al modelo del hermoso y manso salvaje elabo-

indios y educación en el México colonial, 1750-1821, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, México, 1999; véase también CARMAGNANI, Marcello, *El regreso de los dioses. El proceso de reconstrucción de la identidad en Oaxaca. Siglos XVII y XVIII*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

⁴ Sobre los movimientos contrahegemónicos del siglo XIX en México, con importante participación indígena, véase MALLON, Florencia E., *Campesino y Nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social CIESAS / El Colegio de San Luis / El Colegio de Michoacán, México, 2003. Una síntesis histórica de los principales movimientos indígenas y su relación con el estado mexicano en FLORESCANO, Enrique, *Etnia, Estado y Nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*, Taurus, México, 2001.

⁵ ORTEGA Y MEDINA, Juan A., “Ideas sobre la evangelización anglosajona entre los indígenas de los Estados Unidos de Norteamérica”, en *América Indígena*, vol. XVIII, n° 2, abril 1958, pp. 129-141, Instituto Indigenista Interamericano, p. 131.

rada por los renacentistas, dotando a los indios de los mejores dones físicos, morales y éticos. El colonizador de las tierras de lo que después sería Virginia, el Capitán Barlow, hace en 1584 esta descripción de los miembros de la tribu algonquina: “Hallamos a aquella gente muy mansa, amorosa, fiel y sin malicia, y tal como si estuviesen viviendo aún en la edad de oro”.⁶

Los primeros contactos entre los explotadores de tierras y las tribus indias fueron amistosos, como lo atestiguan los diversos tratados de paz celebrados entre las partes. El conflicto surgiría con el crecimiento de los asentamientos blancos y el proyecto evangelizador puritano para redimir al indígena de su estado salvaje. Los teólogos puritanos habían decidido la racionalidad de los indios, con lo cual eran aptos de ser regenerados siempre y cuando se apegaran a los preceptos de la vertiente puritana protestante que ellos profesaban: la idea de que el destino propio no depende de ellos mismos sino de Dios —*predestinación*—, así como el descubrimiento íntimo, al interior de cada individuo, de que su actividad en este mundo debe dirigirse hacia la consecución de la prosperidad, al trabajo productivo y al éxito mundano —*vocación (calling)*. Por otra parte, tenían que aceptar un pacto político-económico que establecía el intercambio de bienes espirituales por materiales, es decir, a cambio de salvarlos de su vida de paganismo y aceptarlos dentro de la verdadera fe, bien podrían acceder a la venta de sus tierras, por medio de una compra perfectamente legal, no por usurpación.⁷ Veamos qué resultados y consecuencias generaron estos propósitos.

⁶ *Ibidem*, p. 135, véase también ORTEGA Y MEDINA, Juan A., “La imagen del indio en la conciencia norteamericana”, en GUEDEA, Virginia y Jaime RODRÍGUEZ O. (eds.), *Five Centuries of Mexican History. Cinco siglos de historia de México*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / University of California, Irvine, México, 1992, 2 vols., vol. 1, pp. 157-174, cita en pp. 158-159.

⁷ ORTEGA Y MEDINA, “Ideas”, 1958, pp. 136-137.

Los misioneros fundaron ciudades congregacionales para las tribus, alejadas de la influencia de los blancos. Ahí, los indios eran adoctrinados por los misioneros puritanos, pero se esperaba que con el tiempo surgieran pastores dentro de los propios indios, algo que efectivamente sucedió. Precisamente, para educar a los más aptos, se fundaron escuelas y colegios donde se preparaban para su futuro magisterio. En el fondo, el proyecto era establecer una Iglesia Indiana en América, con pastores y predicadores propios que adoctrinaran a los nativos —no trasladar la iglesia de Europa a América, como hicieron los españoles.⁸ A pesar de estos notables esfuerzos, los éxitos obtenidos fueron más bien modestos. La obra evangelizadora puritana se topó con el obstáculo de la necesidad de alfabetizar a su potencial feligresía, pues la lectura de la Biblia es precisamente lo que distingue al salvo del réprobo dentro del imaginario protestante. Además, una salvación individual, aristocrática, racista y selectiva que se realizaba en la soledad y el misterio resultaba poco atractiva para unas tribus totémicas con cosmovisiones naturalistas. Menos seductor resultó aún el austero ceremonial protestante, que excluía toda pompa y colorido, en contraste con los elaborados y vistosos rituales indios que incluían danzas y cantos al aire libre. En este aspecto la iglesia católica mostró poseer siempre un sentido antropológico —del cual careció el puritanismo— que le permitió combinar el cristianismo con las prácticas rituales de muchas culturas.⁹

Pero si bien en el terreno de la evangelización se lograron ciertos progresos, en el tema de la posesión de la tierra se dio una ruptura irreconciliable entre los intereses de las tribus y los del hombre blanco. En su mayoría los indios norteamericanos eran nómadas que se mantenían de la caza y los cultivos trashumantes. Los que estaban asentados en un

⁸ *Ibíd.*, pp. 138-140.

⁹ *Ibíd.*, p. 143.

territorio labraban la tierra para producir lo necesario para su subsistencia, generando pocos excedentes que intercambiaban con otras tribus a cambio de productos que ellos mismos no producían. Nada más contrario a la idea de explotar la tierra para obtener de ella el máximo beneficio, según la visión de los colonos puritanos. Estas diferencias quedan de manifiesto en la descripción que Francis D. Pastorius hace en 1700 de los indios de Pennsylvania:

Cultivan unos pocos vegetales, como el maíz y el frijol, pero en cuanto a la agricultura extensiva y la labranza, no es de su interés, y se muestran bastante sorprendidos de que nosotros, como cristianos, tengamos tantos cuidados y pasemos tanta ansiedad con respecto a nuestro sostén y alimentación, como si no creyéramos que Dios nos puede mantener y abastecer, y nos mantendrá y abastecerá.¹⁰

Había entonces dos concepciones de la producción agrícola en disputa: la producción de subsistencia india y la producción para el mercado de los colonos británicos. La experiencia demostró que las ambiciones territoriales de los colonos impidieron que se planteara una coexistencia pacífica, desencadenando, en cambio, la guerra abierta hacia los indios para despojarlos de sus tierras. Pero no hay que perder de vista que aunque el objetivo era evidentemente material, el despojo estuvo apoyado por justificaciones religiosas. Dios le daba lugar a un pueblo de tres formas, como explicaba John Cotton en 1630: arrojando a sus enemigos por medio de una guerra legal, favoreciendo a los extranjeros en detrimento de los nativos y, finalmente, dando a sus hijos la libertad para asentarse dondequiera que se hallen tierras va-

¹⁰ “Francis D. Pastorius: los indios de Pennsylvania (1700)”, en ÁLVAREZ MACOTELA, Samanta y Ana Rosa SUÁREZ ARGÜELLO (comps.), *Somos parte de la tierra. Documentos para ilustrar la historia de los indios estadounidenses entre 1607 y 1900*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 2001, p 38.

cantes. Por supuesto, Dios no permitía que un pueblo extranjero desaloje a otro de sus tierras, a menos que estos cometieran agravios a los recién llegados que no les fueran compensados, entonces se estaría en condiciones de hacerles la guerra y conquistar su país.¹¹

Estas fueron las razones aludidas para comenzar la guerra con los indios, cuando no se apelaba a la improductividad en que tenían sus tierras podía aludirse al derecho divino a ocuparlas —las tierras de Dios son para sus hijos, no para los infieles—, o atacar sin más a las tribus como castigo por algún agravio cometido contra los blancos —robo de ganado, asesinatos de colonos, etc. A diferencia de Nueva España, donde tanto la corona como la iglesia tomaron medidas para delimitar los afanes de lucro de los conquistadores y comerciantes españoles, protegiendo con diversos ordenamientos a la población nativa, en Norteamérica no existió ningún freno legal, político o religioso de ese tipo, que apaciguara los insaciables apetitos de los colonizadores. Se pasó entonces de la perspectiva idílica de la edad de oro y el buen salvaje, a una visión del indio como un ser demoníaco, encerrado en su animalidad, incapaz de entender el evangelio y el camino de la salvación, un ser, en definitiva, no apto para la civilización y el progreso y, por ende, susceptible de ser eliminado.¹²

Además de la condena teológica del indio el argumento económico tenía un gran peso en la justificación de la guerra: si el legítimo propietario de la tierra no extrae de ella la riqueza que le permita alcanzar la prosperidad y el progreso material, y con ello la predestinación intramundana, mientras

¹¹ “John Cotton: El derecho divino a ocupar la tierra (1630)”, en *ibídem*, pp. 5-6. De hecho, las compañías colonizadoras de Virginia y Massachusetts se esforzaron por adquirir legalmente las tierras indias y sancionar el despojo; sin embargo, poco pudieron hacer para controlar las adquisiciones fraudulentas de colonos corruptos y de muchos comerciantes, Cf. D'ARCY McNICKLE, *Tribus*, 1965, pp. 21-22, 25-26.

¹² Ortega y Medina, “Ideas”, 1958, pp. 138, 143-144.

hay otros que pueden hacerlo pero no tienen tierras, es justo que éstos últimos tomen la tierra por medios legales o bélicos. Así, las tierras vacantes que quedaban sin dueño después de una batalla (*vacuum domicilium*) fueron ocupadas por los colonos, aunque también siguieron el mecanismo de la compra legal de las tierras,¹³ pero por los términos de algunos contratos se aprecia que en ciertos casos las ventas eran forzadas o negociadas en condiciones totalmente adversas para los indios, como en la venta realizada por un cacique en 1658, que declara: “Por el presente se hace saber que yo, Cheesechamuck, cacique de Holmes, por estos presentes [*una vaca, diecisiete libras de numerario y ropa*] vendo y otorgo y transfiero para siempre jamás a Thomas Mayhew el Viejo, de Vineyard, *una cuarta parte de toda la tierra* que se llama Chickemmon, para el dicho Thomas y sus herederos”.¹⁴

Esta situación no fue privativa de los tiempos coloniales, pues eminentes políticos de la lucha por la Independencia y la construcción del estado norteamericano, como Jefferson, Franklin o Washington, estuvieron implicados en el negocio de comprar a los indios sus tierras, ya fuera obligándolos a abandonarlas o a malbaratarlas, para favorecer de este modo las necesidades de tierra de los hombres de la frontera. De esta forma, los indios se vieron en la disyuntiva de cambiar su forma tradicional de vida, de explotar intensiva y extensivamente la tierra que ocupaban, o arriesgarse a perderla — algo que generalmente sucedía—. Las reticencias de las tribus a labrar la tierra a la manera de los colonizadores puritanos, más una visión religiosa que los excluía de los bienes de este mundo, fueron los justificantes que permitieron el despojo de la mayor parte de la tierra de las tribus indígenas norte-

¹³ Ortega y Medina, “Imagen”, 1992, p. 164.

¹⁴ “Un contrato de compra de tierras a los indios (10 de agosto de 1658)”, en ÁLVAREZ MACOTELA y SUÁREZ ARGÜELLO, *Somos*, 2001, p. 19, las cursivas son nuestras.

americanas a lo largo de tres siglos. Evidentemente, este proceso no se dio sin una enconada resistencia bélica de parte de los pieles rojas.

Las tribus indias, las colonias inglesas y la guerra de independencia

La colonización de la costa atlántica durante el siglo XVII fue problemática y peligrosa. Se exploraba un territorio desconocido, poblado por nativos resueltos a defender sus recursos. La actividad de las compañías colonizadoras fue de gran relevancia para regular y ordenar de una forma más planificada la creación de nuevos asentamientos de colonos. A falta de una política oficial, cada compañía determinaba la manera más provechosa de negociar con los indios, de ahí que la postura de muchas de ellas, como las de Virginia y Massachusetts, fue la de adquirir legalmente las tierras que los indios estuvieran dispuestos a vender voluntariamente. Esta postura obedecía a que los primeros colonos tenían clara conciencia de su debilidad, no podían enfrascarse tan fácilmente en una lucha abierta con las tribus, y siempre preferían evitarla. De ahí los diversos tratados de paz y las relaciones de amistad con los indios en los primeros tiempos de la colonización.¹⁵ No obstante, la autoridad de las compañías también era débil, y aunque denunciaban los casos de despojo de tierras indias poco podían hacer para evitar las adquisiciones fraudulentas de traficantes, comerciantes y colonos corruptos en los territorios de los nativos.¹⁶

La posición de la corona británica respecto a los indios y sus tierras fue mucho más precisa después de terminada la Guerra de los Siete Años, en 1763. El conflicto comenzó en

¹⁵ Véase por ejemplo el “Pacto de paz entre los ‘peregrinos’ del Plymouth y Massasoyt, jefe de la tribu wampanoaga (1622)”, en *ibídem*, p. 2.

¹⁶ Cf. D’ARCY McNICKLE, *Tribus*, 1965, pp. 21-22, 25-29.

1754, y se trataba de una rivalidad entre Francia y Gran Bretaña por el dominio de los territorios norteamericanos, lo que significaba el control de los lucrativos abastecimientos de pieles y las ricas tierras situadas al oeste de los montes Apalaches. En esta lucha los franceses lograron el apoyo de algunos grupos indios del valle de Ohio, pues habían mantenido con ellos relaciones amistosas ligadas al comercio. Su estrategia de acercamiento a los indios fue muy distinta que la inglesa: les ofrecían regalos, viajaban y vivían con ellos, construían puestos de comercio en sus rutas estratégicas, no establecían colonias permanentes y por tanto no pedían a los indios sus tierras para la agricultura. Esta alianza preocupó a la corona británica, al grado de que a través de la Junta de Comercio de Inglaterra intentó, a partir de 1754, pactar alianzas defensivas entre las colonias inglesas y las tribus de la Confederación Iroquesa, logrando algunos acuerdos, como los tratados firmados por Pennsylvania en 1758 y Nueva York en 1761, para no autorizar la colonización ni la compra de tierras indias sin aprobación previa del gobierno inglés. Esta alianza anglo-india duró hasta la culminación de la guerra, pues a partir de 1763, con la derrota total de los franceses y su expulsión del territorio, las compañías comenzaron a vender tierras a los colonos sin incluir en las negociaciones de venta a los indios, incumpliendo abiertamente todos los tratados firmados con anterioridad.¹⁷

Este nuevo estado de cosas generó la rebelión de las tribus del valle de Ohio encabezadas por el jefe ottawa Pontiac, quienes en mayo de 1763 atacaron y destruyeron todos los puertos británicos situados al oeste del Niágara a excepción de Detroit. Además de la invasión y despojo de sus tierras, los rebeldes resentían la ausencia de los franceses y los beneficios comerciales que obtenían de éstos, como explicó el jefe Pontiac al Consejo de las 18 Naciones Indias:

¹⁷ *Ibíd.*, pp. 29-32.

“ya no podemos recibir provisiones de los franceses como antaño. Los ingleses nos venden la mercancía al doble de cara y su material no vale nada [...] no nos dan crédito como lo hacían los franceses”.¹⁸ La rebelión duró hasta octubre de 1763, y se disolvió cuando Pontiac se convenció de que no obtendría ayuda del monarca francés. Sin los medios para continuar sosteniendo la lucha, las tribus de la confederación regresaron entonces a sus aldeas.

Sin embargo esta rebelión tuvo importantes consecuencias, debido a la exhibición de fuerza y unión mostrada por los indios. El 7 de octubre de 1763, Jorge III emitió un edicto en el que proclamaba el derecho de los indios a ocupar sus propias tierras, ordenando que les fueran devueltas aquellas obtenidas por medios ilícitos y que ninguna compra sería válida en lo sucesivo sin la autorización del gobierno y los indios; finalmente, establecía la línea de los montes Apalaches como el límite provisional hasta donde podría llegar la colonización. Estas medidas no correspondían a una política proteccionista de los territorios indios; al contrario, los estragos de la rebelión de Pontiac habían conseguido que el rey ordenara frenar provisionalmente la colonización, pero sólo para darle tiempo al gobierno colonial de organizar de una forma más efectiva el avance hacia el oeste; recordemos que la economía británica se debilitó después de la guerra con los franceses.¹⁹

Por desgracia para las tribus indias, las ambiciones de los colonos no podían esperar a que el gobierno se reorganizara, y un edicto proclamado a más de 4 mil kilómetros no iba a

¹⁸ “Jefe Pontiac: Palabras al Consejo de 18 Naciones Indias (1763)”, en ÁLVAREZ MACOTELA y SUÁREZ ARGÜELLO, *Somos*, 2001, p. 75; cf. JONES, Maldwyn A., *Historia de Estados Unidos, 1607-1992*, Cátedra, Madrid, 1996, p. 42.

¹⁹ “Jorge III: Proclamación (1763)”, en ÁLVAREZ MACOTELA y SUÁREZ ARGÜELLO, *Somos*, 2001, pp. 76-80; JONES, *Historia*, 1996, p. 42; D’ARCY McNICKLE, *Tribus*, 1965, pp. 33-34.

detenerlos. Los hombres de la frontera criticaron la proclama de Jorge III, acusando a los indios de traidores por su alianza con los franceses y exigiendo que el rey atendiera a las necesidades de sus súbditos. En 1764 algunos colonos de Pennsylvania expresaban no tener “la menor duda de que los indios [...] son traidores enemigos de Su Majestad; mientras que nuestros sufridos hermanos carecen en las fronteras de casi todo lo indispensable para la vida [...] es suficiente para que estemos furiosos y sintamos la tentación de emprender acciones violentas que estarían justificadas por necesidad”.²⁰ En la práctica, los colonos desconocieron la restricción de la frontera. Con la derrota francesa y la disolución de la confederación de tribus de Pontiac tenían el camino allanado para su expansión territorial. Así lo reconoció el gobierno británico unos años después y tuvo que aceptar la cancelación de la línea fronteriza establecida por el edicto.²¹

Sin sus aliados franceses y con los colonos apoderándose de sus tierras, tal era la situación de las tribus indígenas al inicio de la llamada Revolución de Independencia de las Trece Colonias. Aunque la mayoría decidió no participar en la guerra, muchas tribus apoyaron a los ingleses, pues preferían la victoria de un gobierno que al menos había hecho intentos por limitar la expansión de los asentamientos blancos en sus tierras, y temían mucho más la victoria de los patriotas, quienes siempre se habían mostrado hostiles hacia ellos y eran los principales interesados en la expansión territorial. Pero si bien algunas tribus se aliaron con los británicos, como los iroqueses que apoyaron la campaña de Burgoyne, al norte de Nueva York, otros grupos prefirieron aprovechar la situación para lanzar ataques por su

²⁰ “Matthew Smith y James Gibson: quejas acerca de la frontera de Pennsylvania (1764)”, en ÁLVAREZ MACOTELA y SUÁREZ ARGÜELLO, *Somos*, 2001, p. 83.

²¹ JONES, *Historia*, 1996, p. 42; D’ARCY McNICKLE, *Tribus*, 1965, pp. 34-35.

propia cuenta, como los cherokee, quienes atacaron las Carolinas y Virginia en 1776. Estas acciones debilitaron en general la posición de los indios, pues con la victoria de los patriotas muchas de las tribus que atacaron de forma independiente fueron obligadas a ceder gran parte de sus territorios, mientras aquellas que se unieron a los ingleses fueron consideradas traidoras a la nueva nación, y no faltaron las voces que clamaron por tratarlas como naciones conquistadas. Por segunda ocasión, los indios se habían aliado al bando derrotado. Aunque hubo posiciones menos condenatorias y revanchistas que insistieron en dar un trato paternalista a las tribus; Jefferson, por ejemplo, opinaba que aquellos “nobles salvajes” incivilizados tenían la posibilidad de redimirse “si aceptaban adaptarse a las normas de la sociedad blanca”. Estaba claro que la posibilidad de seguir ocupando sus tierras y mantener su forma de vida no era una opción para los indios.²²

La expansión territorial que caracterizó la política de los Estados Unidos durante el siglo XIX provocaría nuevos conflictos y enfrentamientos con las tribus indias. Como veremos, a pesar de las políticas del gobierno estadounidense para tratar con los indios sus relaciones nunca dejaron de ser problemáticas.

Las tribus indias en la nueva nación

Una vez acabada la guerra, el movimiento más arquetípico y arrollador entre los ciudadanos de la nueva nación independiente fue el del avance hacia el oeste. Con el propósito de regular la colonización de los nuevos territorios, el Congreso Continental adoptó la Ordenanza de 1785, que estipulaba las

²² BRINKLEY, Alan, *Historia de Estados Unidos. Un país en formación*, McGraw-Hill, México, 3ª ed., 2003, pp. 142-143.

normas en que debía dividirse la tierra y asignarse a los agricultores. Cuando en 1787 los estados ratificaron la constitución adoptaron también la ordenanza para la organización del Territorio Noroeste. Establecieron, además, que las tierras de los indios no podían ser adquiridas sin su consentimiento, al menos que se hicieran por medio una guerra justa autorizada por el congreso.²³ Esta disposición provocó las demandas de los colonos de ignorar los derechos tribales de los indios y de expulsarlos de sus territorios, alegando que al ganar la guerra los Estados Unidos se habían convertido en los legítimos propietarios. Henry Knox, Administrador de Asuntos Indios, respondió a las demandas de los ciudadanos explicando que el gobierno no podía organizar una guerra de exterminio y que, por otra parte, tal acción era innecesaria, pues como “las colonias de los blancos se aproximan a las fronteras indias establecidas en los tratados, la caza disminuirá, [y] como para los indios las tierras valen en función de los cotos de caza, estarán deseosos de vender más terrenos por poca retribución”.²⁴ Surgía nuevamente el argumento de la desaparición del indio por el implacable avance de la civilización del hombre blanco.

No obstante, los estados se negaban a respetar los tratados con los indios, argumentando que no se podían respetar acuerdos pactados con pueblos incivilizados, incapaces de ingresar a los Estados Unidos. En 1817, Andrew Jackson, entonces destacado militar en la lucha contra los indios y próspero terrateniente de Tennessee, explicaba en una carta al presidente Monroe que consideraba “los tratados con los indios como algo absurdo que desentona con los principios de nuestro gobierno”.²⁵ Se puede afir-

²³ JONES, *Historia*, 1996, pp. 67-68; BRINKLEY, *Historia*, 2003, pp. 151-153; D'ARCY McNICKLE, *Tribus*, 1965, pp. 39-40.

²⁴ D'ARCY McNICKLE, *Tribus*, 1965, pp. 41-42.

²⁵ *Ibíd.*, p. 45.

mar que los hombres de la frontera lograron imponer sus intereses y que la colonización hacia el oeste fue todo un éxito en las primeras décadas de la nación independiente. Los dos tercios de la población de Virginia que no tenían tierra en 1764 ya la habían adquirido para 1782, pues la tierra del oeste era mucho más barata y fácil de conseguir que la del litoral. La población de Kentucky y Tennessee aumentó entre 1775 y 1790 de sólo unos cuantos asentamientos a 120 mil personas, gracias a la política de distribución de tierras del oeste.²⁶

Evidentemente esta expansión se efectuó a costa de los territorios indios, pues en general la tierra subdividida ofrecida en venta se encontraba en las demarcaciones territoriales reclamadas por las tribus. Para aminorar los conflictos, el congreso intentó, entre 1784 y 1786, establecer nuevos tratados con los líderes iroqueses, choctaw, chickasaw y cherokee, donde las tribus cedían buena parte de su territorio a cambio de que el gobierno garantizara que se respetarían las tierras que aún permanecían en posesión de los indios. Pero el no cumplimiento de estos acuerdos llevó a los jefes iroqueses a desconocer en 1786 los tratados firmados con anterioridad y a organizar ataques a los asentamientos blancos. De ahí que, como ya mencionamos, el gobierno estableciera en 1787 la prohibición de ocupar las tierras indias sin su consentimiento, aunque, como vimos también, de poco sirvió para contener la abrumadora ola de expansión hacia el oeste. El conflicto alcanzó su punto más crítico cuando en 1791 la tribu de los miami, liderados por el guerrero Pequeña Tortuga, obtuvo en la frontera oeste de Ohio la que se considera la victoria militar más importante contra los blancos —630 norteamericanos caídos—, negándose a firmar tratados que permitieran la entrada de los blancos a sus territorios. Para su desgracia, tres años después Anthony Wayne

²⁶ JONES, *Historia*, 1996, pp. 62, 67.

los derrotó en Fallen Timbers y les impuso un tratado en el que cedían más territorio a los norteamericanos.²⁷

Los proyectos expansionistas norteamericanos se exacerbaban con la adquisición de la Luisiana en 1803, compra que significó la duplicación del territorio de los Estados Unidos. Resumiendo el proceso, durante la segunda mitad del siglo XIX se dio un rápido expansionismo de las plantaciones de algodón en el sur y de las manufacturas en el norte, además de una revolución en los transportes, la navegación de los ríos más importantes y la introducción del ferrocarril. También se adquirieron nuevos territorios como Florida (1819) y Texas (1845). Obviamente, los conflictos con las tribus indias continuaron. Podemos decir que, en términos generales, la política hacia los indios hasta la década de 1830 fue la implantada por Jefferson desde 1801: ofrecer a los indios elegir entre convertirse en granjeros e integrarse a la sociedad blanca o emigrar hacia el oeste del Mississippi, desistiendo de los reclamos de tierras de sus lugares de origen. Esta política de asimilación, según el propio Jefferson, debía considerarse como una benigna alternativa a la lucha entre blancos e indios, pues era una lucha que los indios estaban destinados a perder.²⁸ Otra vez encontramos los mismos supuestos imperantes desde la época colonial: la inevitable desaparición del indio y su asimilación a la forma de vida norteamericana.

En 1829, un año después de su llegada a la presidencia, Andrew Jackson criticaba la política que se había tomado hasta ese momento para tratar con los indios, sosteniendo que por medio de la compra de sus tierras se les había orillado cada vez más a permanecer en estado nómada, y proponía la conveniencia de reservar un amplio distrito al oeste del Mississippi donde las tribus pudieran emigrar para vivir en

²⁷ BRINKLEY, *Historia*, 2003, p. 154.

²⁸ *Ibidem*, p. 211.

paz y autogobernarse. Dicha emigración habría de ser voluntaria, pero aclaraba que de continuar dentro de los límites de cualquier estado tendrían que sujetarse a sus leyes, es decir aceptar el modo de vida de la sociedad blanca.²⁹

Esta propuesta se concretó en la Ley de Traslado de Indios de 1830 (Indian Removal Act). En diciembre de 1835, en su séptimo mensaje anual al Congreso, Jackson hacía un balance de los resultados obtenidos con su política de traslado. Afirmaba que todos los experimentos anteriores para lograr el desarrollo de los indios habían fracasado, con lo que se demostraba su total incapacidad de vivir en contacto con una comunidad próspera y civilizada. Por tanto, debido al deber moral del gobierno de proteger y preservar la raza india, se estableció la asignación de un extenso territorio en el Oeste, donde los indios tendrían su residencia permanente y podrían elegir gobiernos propios, sin sujetarse al control de los Estados Unidos. Jackson explicaba que el territorio asignado a cada tribu era superior al que estas tenían en sus lugares originales. Por otra parte, el traslado correría completamente a cargo del gobierno —ropas, alimentos, provisiones— además de crear en las reservas escuelas, casas consistoriales, iglesias y molinos comunes. Su política podía considerarse un éxito, pues a excepción de los cherokees y algunas bandas de Ohio e Indiana, todas las tribus al este del Mississippi ya se encontraban en negociaciones para realizar su traslado.³⁰

Pero lo que Jackson llamaba negociaciones en realidad era una ofensiva violenta por separar de sus tierras a las llamadas “cinco tribus civilizadas”: choctaw, chickasaw, creek, chero-

²⁹ “Jackson: sobre la remoción de los indios (1829)”, en ÁLVAREZ MACOTELA y SUÁREZ ARGÜELLO, *Somos*, 2001, pp. 100-102.

³⁰ “Indian Removal. Extract from Andrew Jackson’s Seventh Annual Message to Congress, December 7, 1835”, en www.pbs.org/weta/thewest. Véase también “Jackson: sobre el traslado de los indios a reservaciones (1835)”, en ÁLVAREZ MACOTELA y SUÁREZ ARGÜELLO, *Somos*, 2001, pp. 117-119.

kees y seminolas. El caso de la nación cherokee revela que el argumento de fondo para crear las reservas carecía de fundamento, pues esta tribu había dado muestras de su formidable adaptación a la forma de vida “civilizada” del hombre blanco: en 1821 habían publicado un periódico tribal, el *Cherokee Phoenix*, escrito en un alfabeto inventado por ellos mismos, para 1827 habían adoptado una constitución escrita que establecía un poder legislativo bicameral, un código de leyes y una corte judicial, además de que financiaban sus propias escuelas con los impuestos de la tribu. Por si fuera poco, tradujeron a su idioma el Nuevo Testamento y fueron abandonando sus prácticas agrícolas tradicionales, convirtiéndose progresivamente en prósperos granjeros y ganaderos. A pesar de todo, sus hogares fueron saqueados por las milicias, quienes convirtieron en taberna para blancos el centro cultural indígena que habían creado (Spring Place Mission), y destruyeron la imprenta de su periódico. En 1838 fueron expulsados de sus territorios y trasladados a las reservas debido a su supuesta incapacidad para llevar una vida civilizada, en dicho traslado a través de más de 1,500 kilómetros, conocido como “el sendero de lágrimas”, murieron más de 4,000 cherokees.³¹

Hacia la década de 1850, luego de los traslados de las tribus indias a las reservas, mediados por fuertes conflictos armados, sólo quedaban algunos grupos indios aislados por el territorio occidental de los Estados Unidos. Mientras los indios eran confinados en las reservas, los colonizadores de las tierras del oeste se caracterizaban por su amplia movilidad, como lo atestigua en su diario Catherine Sager Pringle, hija de uno de estos inmigrantes:

Mi padre fue uno de aquellos incansables que no se contentaban con permanecer en un solo lugar por mucho tiempo. A finales de 1838 emigramos de Ohio a Missouri. Nuestra primera parada fue en Green River, pero al año siguiente tomamos una granja en Platte Country.

³¹ D'ARCY McNICKLE, *Tribus*, 1965, p. 43.

Él se ocupó en la agricultura y la herrería, obteniendo una amplia reputación de ingenioso. Cualquier cosa que la gente necesitaba la buscaba en su tienda. En 1843 [...] el clima saludable indujo a mi madre a aprobar nuestro traslado a Oregón. La inmigración fue el tema de todo el invierno, y decidimos empezar por Oregón. A finales de 1843 mi padre vendió sus propiedades y nos fuimos cerca de St. Joseph, y en abril de 1844 comenzamos a cruzar las llanuras.³²

Gracias a los nuevos territorios adquiridos durante la segunda mitad del siglo XIX y al descubrimiento de oro en California y Colorado, la frontera avanzaba con paso firme hacia el oeste, generando la apertura de caminos transcontinentales de carreteras y posteriormente de ferrocarriles y provocando nuevos enfrentamientos con los grupos indios, quienes afrontaban el exterminio de sus medios de subsistencia, como el búfalo, y la usurpación de sus tierras por hallarse en ellas yacimientos de oro o por interferir con el trayecto de líneas ferroviarias.³³

En efecto, la Ley del Ferrocarril Pacífico (Pacific Railway Act) de julio de 1862, otorgaba amplios derechos sobre las tierras públicas a la compañía constructora, además de estipular que el gobierno estadounidense podría extinguir de forma inmediata los títulos de propiedad de los indios que interfirieran con las operaciones del proyecto ferroviario, con lo cual se orilló a las tribus hacia el norte y el sur de las rutas de viaje, sin respetar las tierras que poseían en sus reservas.³⁴

Desde 1858 el descubrimiento de oro en las Montañas Rocosas atrajo a miles de colonos. Con la creación del Territorio de Colorado en 1861, las tribus indias fueron obligadas

³² “Across the Plains in 1844, by Catherine Sager Pringle (c. 1860). Chapter I – On the Plains in 1844”, en www.pbs.org/weta/thewest, traducción propia.

³³ D’ARCY McNICKLE, *Tribus*, 1965, pp. 46, 52.

³⁴ “The Pacific Railway Act, July 1, 1862, (U. S. Statutes at Large, Vol. XII, p. 489 ff.)”, en www.pbs.org/weta/thewest; D’ARCY McNICKLE, *Tribus*, 1965, p. 52.

a abandonar las tierras de sus reservas y a desplazarse hacia la zona del río Arkansas. En consecuencia los indios se dedicaron a atacar las rutas de paso entre Denver y el río Missouri, provocando que el coronel Chivington, al mando del Tercero de Caballería de Colorado, atacara como represalia un poblado indígena en noviembre de 1864, asesinando a varios cientos de hombres, mujeres y niños, episodio conocido como la masacre de Sand Creek.³⁵ De forma parecida, los indios sioux atacaban las caravanas de colonos que se dirigían hacia el oeste por la ruta de Oregon, enfurecidos por la invasión de sus tierras, aunque en este caso el gobierno estadounidense acordó con los sioux un tratado de paz en 1868 (Tratado de Fort Laramie), que establecía el compromiso de los Estados Unidos de proteger la propiedad india y el cese de los ataques indios a las caravanas; además, los indios obtuvieron de forma perpetua el territorio de las Black Hills (Colinas Negras) de Dakota del Sur, aunque dicho tratado no fue respetado, pues los buscadores de oro siguieron invadiendo las montañas, situación que intensificó los conflictos con los indios.³⁶

Debido a la fuerte oposición indígena a la usurpación de sus tierras, y por los sangrientos combates que esta generaba, el gobierno buscó otras formas de sojuzgar a las tribus. Una de ellas fue el exterminio del búfalo. Este animal proveía a los indios de muchas de sus necesidades: comida, pieles para sus vestidos y la elaboración de sus hogares, tradiciones y hasta una teología. La estrategia de dominar a los indios con el exterminio del búfalo era sencilla, como lo explicaba un oficial de alto rango: “El búfalo o el indio deben irse. Sólo cuando el indio se vuelva absolutamente dependiente de nosotros para todas sus necesidades, seremos capaces de

³⁵ “Two Editorials from the Rocky Mountain News (1864)”, en www.pbs.org/weta/thewest; y “E. W. Wyncoop al Congreso de la Unión: Testimonio de la matanza de Sand Creek, Colorado (1865)”, en ÁLVAREZ MACOTELA y SUÁREZ ARGÜELLO, *Somos*, 2001, p. 128.

³⁶ “Fort Laramie Treaty, 1868”, en www.pbs.org/weta/thewest.

controlarlo. El indio es muy independiente gracias al búfalo. Pero si matamos al búfalo conquistaremos al indio. Es algo mucho más humano matar al búfalo que matar al indio, así que el búfalo tiene que irse”. El plan fue llevado a la práctica con eficacia: entre los años 1872 y 1873 fueron aniquilados cerca de tres millones de búfalos, para 1874 sólo quedaban alrededor de 150 mil en el territorio.³⁷

A pesar de todo, la resistencia india contra las incursiones de colonos en sus territorios continuó. La batalla de Little Bighorn, en lo que hoy es Montana, es uno de los episodios más emblemáticos en historia de la resistencia india. Una alianza de indios arapajoes, sioux y cheyenes, liderados por los jefes sioux Toro Sentado y Caballo Loco, derrotaron el 25 de junio de 1876 al VII Regimiento de Caballería comandado por George Custer.³⁸ Sin embargo, al año siguiente los indios fueron derrotados y reubicados en el Territorio Indio (Oklahoma). El jefe Joseph y la tribu nez percé continuaron la resistencia durante la década de 1870, aunque finalmente también fueron derrotados.³⁹ Las guerras con los indios terminaron a finales de 1890 con la masacre de Wounded Knee, Dakota del Sur, cuando la caballería de Estados Unidos asesinó a guerreros, mujeres y niños de la tribu sioux, debido a las sospechas de una conspiración indígena contra los blancos.⁴⁰

³⁷ “The Buffalo Harvest, by Frank H. Mayer with Charles B. Roth, 1874”, en www.pbs.org/weta/thewest; la cita es traducción propia.

³⁸ “The Battle of Little Bighorn. An Eyewitness Account by the Lakota Chief Red Horse, recorded in pictographs and text at the Cheyenne River Reservation, 1881”, en www.pbs.org/weta/thewest.

³⁹ “Chief Joseph Speaks. Selected Statements and Speeches by the Nez Percé Chief”, en FEE, *Chief Joseph*, 1936, citado en www.pbs.org/weta/thewest.

⁴⁰ “Lakota Accounts of the Massacre at Wounded Knee. From the Report of the Commissioner of Indian Affairs for 1891, volume 1, pages 179-181. Extracts from verbatim stenographic report of council held by

Los excesos cometidos con los indios fueron criticados fuertemente, aduciendo al fracaso de la política indígena del gobierno como el factor principal que generó tal situación. Sin embargo los conflictos de intereses impedían que se pudiera llegar a un consenso al respecto de la cuestión india. En 1872, Francis A. Walker, en su informe a la Comisión de Asuntos Indios, declaraba que los indios pacíficos de las reservas debían ser educados en las artes de la industria por medio de una política paternalista que los incorporara a la vida civilizada. En cambio, opinaba que aquellos indios hostiles al progreso “de la civilización y la industria”, tenían que ser aniquilados “implacablemente”, pues la ruta hacia el Oeste no podía detenerse sólo por los reclamos de los indios por tierras de un territorio que alguna vez llamaron su hogar.⁴¹ Como hemos visto, este segundo punto de vista está más acorde con lo acontecido desde la creación de las reservas indias en la década de 1830. Otros opinaban que la propia Indian Removal Act había sido un error político, como el Secretario del Interior Carl Schurz, quien indicaba que el yerro había consistido en pensar que los poblados del hombre blanco tardarían muchas generaciones en acercarse a los territorios indios. Las guerras indias habían sido provocadas por la codicia de los hombres de la frontera, quienes al ir ocupando más territorio indígena reclamaban la protección de las tropas, involucrando al gobierno en hostilidades que ellos mismos habían creado. Por tanto, la política de confinar a las tribus en reservas no consideró “la presión inevitable del acelerado e irresistible avance de la colonización”. Advertía de la codicia de colonizadores y mineros, quienes argumentaban que los indios salvajes poseían inmensos territorios en sus reservas que no

delegations of Sioux with Commissioner of Indian Affairs, at Washington, February 11, 1891”, en www.pbs.org/weta/thewest.

⁴¹ “Francis A. Walker: Informe ante la Comisión de Asuntos Indios (1872)”, en ÁLVAREZ MACOTELA y SUÁREZ ARGÜELLO, *Somos*, 2001, pp. 133-134, 136.

significaban provecho para nadie, mientras que miles de hombres blancos podrían cultivarlos para contribuir a la riqueza nacional.⁴²

El propio presidente Chester Arthur reconocía, en su primer mensaje anual al Congreso en 1881, que la política de tratar a las tribus indias como naciones separadas y trasladarlas a inmensas reservaciones, en una época en que se creía que el territorio nacional era casi ilimitado, había sido la fuente de los conflictos del gobierno con los indios. Sostenía que al segregarlos a las reservas del Oeste se les orilló a continuar con su vida salvaje, alejados de cualquier influencia benéfica que la civilización del hombre blanco pudiera ofrecerles, volviéndose evidentes los insatisfactorios resultados que dicha política había generado. Para resolver este problema proponía una reforma de la política indígena centrada en tres cuestiones básicas: otorgar plenos derechos ciudadanos a los indios, transformarlos en propietarios individuales por medio de la parcelación de sus tierras y el fomento de las actividades agrícolas y pastoriles y, por último, propiciar la superación personal de los indios a través de la creación de escuelas donde fueran educados en los nuevos valores de la sociedad civilizada.⁴³

La reforma de la política indígena se concretó con la creación de la Ley de Adjudicación o Ley Dawes, en febrero de 1887, que básicamente planteaba la división de las tierras comunales indígenas y su adjudicación a título individual. Su autor, el congresista Henry Dawes, al expresar su fe en el poder civilizador de la propiedad privada sostenía que ser civilizado consistía en “vestir ropas civilizadas, cultivar la tierra, vivir en casas, conducir vagones Studebaker, enviar a los ni-

⁴² “Carl Schurz: Civilización o extinción del indígena (1881)”, en *ibidem*, pp. 149-151.

⁴³ “Indian Policy Reform. Extract from President Chester Arthur’s. First Annual Message to Congress. December 6, 1881 (Richardson, ed. Messages and Papers, Vol. VIII, p. 54, ff.)”, en www.pbs.org/weta/thewest.

ños a la escuela, beber whisky y gozar de la propiedad privada”. El mismo Carl Schurz ya se había declarado años antes a favor de la parcelación de la tierra indígena, considerando al “goce y orgullo derivados de la posesión individual de la propiedad como uno de los factores más civilizadores”.⁴⁴

Los lineamientos esenciales de la Ley Dawes consistían en asignar a título individual las tierras tribales de los indios de acuerdo al tipo de propietario: 66 hectáreas para cada jefe de familias, 23 hectáreas para solteros mayores de 18 años y huérfanos por debajo de esa misma edad y, finalmente, 16 hectáreas para cualquier persona sola menor de 18 años. Cada indio elegiría libremente su tierra, de lo contrario lo haría el gobierno. El título de cada parcela se colocaba a depósito por 25 años o más, según la voluntad del gobierno. La ley también otorgaba plenos derechos ciudadanos a todos los beneficiarios, en especial para aquellos indios que abandonarían la vida tribal y adoptarían las costumbres de la vida civilizada. Luego de la adjudicación a los nuevos propietarios, el gobierno estadounidense vendería todas las tierras sobrantes.⁴⁵

Muchos se opusieron a estas reformas, argumentando que la adjudicación individual se volvería un mecanismo más para separar a los indios de sus tierras. El gobierno se había comprometido a fomentar la agricultura entre los indios luego de la distribución individual de las tierras comunales. No obstante, el brigadier-general Ruger, comandante del Departamento de Dakota, anotaba en un reporte de 1890 referente a los indios sioux, que su malestar se debía al incumplimiento del gobierno de una serie de obligaciones, que de haberse efectuado contribuirían a pacificar el territorio.

⁴⁴ D'ARCY McNICKLE, *Tribus*, 1965, p. 58.

⁴⁵ “The Dawes Act. February 8, 1887, (U. S. Statutes at Large, Vol. XXIV, p. 388 ff.)”, en www.pbs.org/weta/thewest; D'ARCY McNICKLE, *Tribus*, 1965, p. 60.

Estas omisiones consistían en no retribuirles económicamente las concesiones territoriales otorgadas a las compañías ferrocarrileras, no dotarlos de las semillas e implementos necesarios para la agricultura, ni de las vacas y novillos estipulados para la actividad ganadera; tampoco habían recibido las raciones de alimentos pactadas (carne, maíz, café, harina, azúcar y frijoles), ni los vestidos apropiados para la temporada de invierno.⁴⁶ Por otra parte, el general Nelson A. Miles, informaba en diciembre de 1890 al senador Henry Dawes, creador de la Ley de Adjudicación, que los esfuerzos del gobierno por convertir a los indios en agricultores productivos no tendría éxito mientras no se les administraran las raciones de granos necesarias para sus cosechas, y criticaba fuertemente la nueva política indígena, que había permitido que grandes porciones de las reservas fueran ocupadas por gente blanca, sin que los indios recibieran ningún beneficio por la rendición de sus tierras.⁴⁷

Los efectos de la ley de adjudicación fueron muy similares a los que sus detractores habían anticipado, pues se convirtió en un instrumento de gran eficiencia para separar a las tribus indias de sus tierras. En 1887, año de la creación de la Ley Dawes, los indios estadounidenses ocupaban alrededor de 57 millones 400 mil hectáreas en coposesión; en los cuarenta y cinco años siguientes, según informes referentes a la ley de adjudicación, se transfirieron aproximadamente 37 millones de hectáreas de indios a propietarios blancos. El resultado fue que los indios no se transformaron en granjeros independientes, porque a pesar de

⁴⁶ “Reports forwarded by Brigadier-General Ruger, commanding Department of Dakota. The commanding officer at Fort Yates, North Dakota, under date of December 7, 1890”, en www.pbs.org/weta/thewest.

⁴⁷ “General Nelson A. Miles on the ‘Sioux Outbreak’ of 1890. Statement of General Miles, (From the Report of the Secretary of War for 1891, Vol. I, pp. 133, 134, and 149)”, en www.pbs.org/weta/thewest.

que muchos de ellos practicaban la agricultura, lo hacían para producir su propia subsistencia, no para competir en el mercado.⁴⁸ El gobierno estadounidense no pudo insertar a la agricultura indígena en la circulación mercantil, aunque hay que decir que tampoco hizo grandes esfuerzos por lograrlo, ya que la parcelación de las tierras comunales fue más un proyecto para desposeer a las tribus que para incluirlos en la sociedad blanca norteamericana.

Conclusiones

Hemos visto cómo a lo largo del siglo XIX prevaleció el supuesto en la política indígena del gobierno estadounidense de la progresiva desaparición de los indios por medio de la asimilación cultural del hombre blanco, una idea que se había arraigado en la conciencia de los primeros colonizadores desde la época colonial. Lo que hemos pretendido mostrar con este análisis es que dicho supuesto, a pesar de que persistió en el discurso oficial de la política gubernamental hacia los indios, como la creación de las reservas o la ley de adjudicación, se fue diluyendo en la práctica.

Es decir, en el proyecto de nación estadounidense durante el siglo XIX no se planteó una sociedad donde convivieran en igualdad de circunstancias blancos e indios. El hecho de que la nación cherokee mostrara una gran capacidad de adaptación a la forma de vida occidental no impidió su traslado a las reservas, mostrando claramente que poco importaba “civilizar” a los indios, cuando la verdadera preocupación era obtener más tierra para los colonizadores blancos. Vimos también como el avance de la frontera hacia el Oeste provocó la invasión de los territorios indios a manos de las compañías del ferrocarril, mineros en busca

⁴⁸ D'ARCY McNICKLE, *Tribus*, 1965, p. 60, 62-63.

de oro y granjeros ávidos de tierra. Los conflictos armados que esta situación generó afectaron por igual a los indios belicosos que a los pacíficos. Aquellos indios que dentro de las reservas habían abandonado sus costumbres tribales y se comportaban de acuerdo al modelo de vida de los blancos, no pudieron librarse de las diversas represalias y masacres de indios perpetradas por el ejército estadounidense, pues para éstos se trataba del exterminio del indio en general, como raza inferior y salvaje.

Planteamos al principio de este trabajo que más allá de las políticas oficiales, en la práctica prevalecieron dos actitudes ante los indios: el exterminio y la exclusión racial. La primera fue dominante durante la época colonial y siguió practicándose en menor medida cuando al avance de los hombres de la frontera invadió las reservas indias. La ejecución de la ley de adjudicación en el último cuarto del siglo XIX muestra más claramente el proceso de marginación de los indios del proyecto económico y social del estado norteamericano. La pretensión de convertir a los indios en granjeros y agricultores independientes que produjeran para el mercado, y por medio de la propiedad individual incorporarlos a la civilización, fue sólo una cortina de humo creada por la legislación para transferir la tierra comunal de las tribus a manos de los blancos. Hemos mostrado que incluso varios funcionarios criticaban la falta de interés del gobierno por promover el desarrollo agrícola mercantil de los indios, faltando claramente a las obligaciones contraídas. Estaba claro que la riqueza de la nación tenía que ser producida por los ciudadanos blancos.

Aunque en general podemos decir que la mayoría de las tribus luchó por mantener sus tradiciones ancestrales y su forma de vida tradicional, en muchas ocasiones los indios demostraron su capacidad para adaptarse a las costumbres y a los valores de la sociedad estadounidense; sin embargo, esto no les permitiría acceder realmente a dicha sociedad,

pues su exclusión obedecía a la permanencia en la mayoría de la clase dirigente norteamericana de la tradición calvinista que articuló desde los primeros tiempos de la colonización aquel “racismo teológico” que condenó a los indios como seres salvajes, inferiores, demoníacos e incapaces de asimilar las virtudes de la vida civilizada. La total indiferencia por las tradiciones, usos y costumbres de las culturas indígenas de Norteamérica, y la preferencia y fomento de la forma de vida de los colonos blancos de la frontera queda de manifiesto en estas palabras del jefe Joseph: “Si confinan a un indígena a una pequeña parcela de tierra y lo obligan a permanecer ahí, no estará contento ni crecerá ni prosperará. Les he preguntado a los Grandes Jefes Blancos de dónde proviene su autoridad para decirle al indígena que permanezca en un sólo lugar mientras ve como los hombres blancos van y vienen como les place. No me pueden contestar”.⁴⁹

Bibliografía

ÁLVAREZ MACOTELA, Samanta y Ana Rosa SUÁREZ ARGÜELLO (comps.), *Somos parte de la tierra. Documentos para ilustrar la historia de los indios estadounidenses entre 1607 y 1900*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 2001.

BRINKLEY, Alan, *Historia de Estados Unidos. Un país en formación*, McGraw-Hill, 3ª ed., México, 2003.

CARMAGNANI, Marcello, *El regreso de los dioses. El proceso de reconstrucción de la identidad en Oaxaca. Siglos XVII y XVIII*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

⁴⁹ “Jefe Joseph: Llamado al pueblo estadounidense y a Rutherford B. Hayes (1879)”, en ÁLVAREZ MACOTELA y SUÁREZ ARGÜELLO, *Somos*, 2001, p. 142.

D'ARCY MCNICKLE, [William], *Las tribus indias de los Estados Unidos. Supervivencia étnica y cultural*, Editorial Universitaria de Buenos Aires EUDEBA, Biblioteca de América, Libros del Tiempo Nuevo, Buenos Aires, 1965.

FEE, Chester Anders, *Chief Joseph. The Biography of a Great Indian*, with a foreword by Colonel Charles Erskine Scott Wood, maps and illustrations, Wilson-Erickson Inc., New York, 1936.

FLORESCANO, Enrique, *Etnia, Estado y Nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*, Taurus, México, 2001.

JONES, Maldwyn A., *Historia de Estados Unidos, 1607-1992*, Cátedra, Madrid, 1996.

MALLON, Florencia E., *Campesino y Nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social CIESAS / El Colegio de San Luis / El Colegio de Michoacán, México, 2003.

ORTEGA Y MEDINA, Juan A., "Ideas sobre la evangelización anglosajona entre los indígenas de los Estados Unidos de Norteamérica", en *América Indígena*, vol. XVIII, n° 2, abril, 1958, pp. 129-141, Instituto Indigenista Interamericano.

_____, "La imagen del indio en la conciencia norteamericana", en Virginia Guedea y Jaime Rodríguez O. (eds.), *Five Centuries of Mexican History. Cinco siglos de historia de México*, Papers of the VIII Conference of Mexican and North American Historians, San Diego, California, October 18-20, 1990-Memorias de la VIII Reunión de historiadores mexicanos y norte-americanos, San Diego, California, 18-20 de octubre de 1990, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, University of California, Irvine, México, 1992, 2 vols., vol. 1, pp. 157-174.

TANCK DE ESTRADA, Dorothy, *Pueblos de indios y educación en el México colonial, 1750-1821*, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, México, 1999.

Documentos consultados en *New Perspectives on The West*
(www.pbs.org/weta/thewest)

- “Indian Removal. Extract from Andrew Jackson’s Seventh Annual Message to Congress, December 7, 1835”.
- “Chief Joseph Speaks. Selected Statements and Speeches by the Nez Percé Chief”, en FEE, Chester Anders, *Chief Joseph. The Biography of a Great Indian*, Wilson-Erickson Inc., New York, 1936.
- “Across the Plains in 1844, by Catherine Sager Pringle (c. 1860). Chapter I – On the Plains in 1844”.
- “The Pacific Railway Act, July 1, 1862, (U. S. Statutes at Large, Vol. XII, p. 489 ff.)”.
- “Two Editorials from the Rocky Mountain News (1864)”.
- “Fort Laramie Treaty, 1868”.
- “The Buffalo Harvest, by Frank H. Mayer with Charles B. Roth, 1874”.
- “The Battle of Little Bighorn. An Eyewitness Account by the Lakota Chief Red Horse, recorded in pictographs and text at the Cheyenne River Reservation, 1881”.
- “Indian Policy Reform. Extract from President Chester Arthur’s. First Annual Message to Congress. December 6, 1881 (Richardson, ed. Messages and Papers, Vol. VIII, p. 54, ff.)”.
- “The Dawes Act. February 8, 1887, (U. S. Statutes at Large, Vol. XXIV, p. 388 ff.)”.
- “Reports forwarded by Brigadier-General Ruger, commanding Department of Dakota. The commanding officer at Fort Yates, North Dakota, under date of December 7, 1890”.
- “General Nelson A. Miles on the ‘Sioux Outbreak’ of 1890. Statement of General Miles, (From the Report of the Secretary of War for 1891, Vol. I, pp. 133, 134, and 149)”.
- “Lakota Accounts of the Massacre at Wounded Knee. From the Report of the Commissioner of Indian Affairs for 1891, volume 1, pages 179-181. Extracts from verbatim stenographic report of council held by delegations of Sioux with Commissioner of Indian Affairs, at Washington, February 11, 1891”.